

Adolfo Zableh

Todos
tenemos
una
historia
que
olvidar

,

Contenido

PRÓLOGO	
<i>El hombre que se convirtió en coro</i>	9
INTRODUCCIÓN	
TARTAMUDEZ	
<i>El sueño de hablar de corrido</i>	17
MI PADRE	
<i>O cómo se siente mirarse al espejo</i>	37
MADRE	
<i>La raíz de todo</i>	63
MUJERES	
<i>El tema de mi vida</i>	81
SEXO	
<i>No es la respuesta</i>	97
AMOR	
<i>El amor, amor</i>	123
REDES SOCIALES	
<i>Renacer en las redes</i>	135
TRANSFORMACIÓN	
<i>No soy el Dalai Lama ni quiero serlo</i>	149

Adolfo Zableh

Barranquilla, 1974. Comunicador de la Universidad Javeriana, columnista de los periódicos *El Tiempo* y *Publimetro*, y de la revista *Fucsia*. Colaborador habitual de la revista *SoHo*. Autor de los libros de aforismos *Furor uterino* y *Del domingo al vacío*. Su próximo proyecto es un *stand up comedy*.

Prólogo

El hombre que se convirtió en coro

Conocí a Adolfo Zableh en 1999, hace casi diecisiete años: en aquel entonces me estrenaba en mi primer trabajo periodístico, el manejo de una página web llamada *Mequedo.com*, creada bajo la fiebre del oro de las primeras páginas de internet, y en la sala de redacción apareció un extraño y muy joven periodista al que habían contratado para ocuparse de la sección deportiva. Llamaba la atención la alta estatura; la seriedad de la mirada, agravada por la espesura de las cejas; una cierta timidez para acercarse a los demás. Y, de manera evidente, su forma de hablar, el taladro de un tartamudeo que desde un comienzo supo plegar a su favor. Porque sin amilanarse por su condición fonética, ni por su juventud inexperta, desde ese primer día laboral Zableh se aventó de frente a llamar a futbolistas y técnicos a pedir declaraciones y escribir entrevistas como un torrente, y en menos de quince días el hombre ya era un personaje entre sus fuentes: la particularidad de su voz lo había puesto de relieve ante toda la planicie de reporteros que asediaban, por ejemplo, a Jorge Luis Pinto, y le permitía ingresar de primero

a la confianza de sus entrevistados, en quienes posteriormente despertaba respeto por sus conocimientos deportivos.

Desde entonces lo admiré. Convertir en aliado un mal llamado defecto, e incluso hacer de él una herramienta de la cual sacar provecho, es asunto reservado a los espíritus mayores. Ese talante, sumado a la coraza de su sentido del humor, que utilizaba, como hoy, en permanente ejercicio contra sí mismo, me permitieron tender puentes hacia él de manera franca y amistosa.

Con Zableh no solo compartí mi primer trabajo periodístico; también el más importante, porque nos reencontramos en la revista *SoHo*, tan pronto como me encargaron de su dirección. Entonces lo convencí de que hiciera parte de la sala de redacción, y se convirtiera en editor de los bloques especiales de la revista, y en permanente autor de crónicas, y tuve el privilegio de que por varios años compartiéramos la misma trinchera.

Fueron decenas de meses felices en los que lo vi hacerse cargo de todo tipo de historias: una entrega de supuestas curas para su tartamudez que incluía infiltrarse en iglesias, asistir a cursos de hipnosis y develar charlatanes. Una más en la que visitaba en su casa al célebre Rocco Siffredi, el actor porno más famoso del mundo. Otra inolvidable en que zarpó a bordo de un barco pesquero para vivir una jornada con los pescadores de cangrejos de Alaska, uno de los trabajos más peligrosos del mundo. Y otra más, en medio de muchas, en que cubrió la rutina laboral del equipo del CTI que se encarga de recoger cadáveres.

Compartir aquellas jornadas no solo me permitió conocerlo mejor, sino admirarlo más. Como su escritor de cabecera, el gran Juan José Millás, Zableh tiene la capacidad de saltar có-

modamente por diversos géneros: escribir textos de humor, pero también de desgarradora sinceridad; ser a la vez sensible y despiadado, débil y destructor, poético y fiero.

Algo de ese brillo extraño, de doloroso ingenio, de lacerante crudeza, saltaba en los aforismos de su primer libro, *Del domingo al vacío*; y de ese material, también, se nutren algunas de sus comentadas columnas para el diario *El Tiempo*, y los trinos que lo han convertido en celebridad en las redes sociales.

Porque, efectivamente, así como en sus textos narrativos Zableh es capaz de sobrellevar una historia con atrapantes ritmos literarios, en el momento de escribir textos de opinión, su voz da paso a un torrente de intimidad en que nada queda a salvo: ni siquiera su propia sombra, pues contra quien más suele ser mordaz y feroz en su prosa fulminante es contra él mismo.

Del humor negro a la nostalgia poética; del aforismo exasperado al monólogo de humor; del texto divertido y pop a la confesión brutal y dolorosa, Zableh pasea incesantemente, y ese múltiple registro de voces, en lugar de difuminarlo, lo define: quizás porque lo habitan múltiples fantasmas, y no solo uno; quizás porque no tiene una voz, sino un coro.

Y bajo ese coro se encuentra el Zableh que sus amigos conocemos. El hombre divertidamente infantil en que se convierte cuando conversa de fútbol, deporte del que obtiene el oxígeno vital que lo sostiene con vida. El personaje neurótico que vigila obsesivamente los precios de la chocolatina Jumbo Jet. El novio sensible e impudoroso que le pide la mano a su novia a través de un artículo en una revista, y que despierta a su padre con un texto tan hermoso como despiadado.

Sea este libro la prueba de que por acá pasó Adolfo Zableh: de lo que le pudo haber dolido la vida; de lo mucho que también

le divirtió. Y sea este libro, también, la lección que nos legó a sus colegas. Y es que en pocas personas como en él queda claro que escribir es una forma de morir sin morir; un acto incompasivo y brutal para que pueda cantar ese coro de sombras que llevamos por dentro.

DANIEL SAMPER OSPINA

Introducción

Un día fui a ver la película *Spotlight* y salí de cine con la idea de escribir una columna para *El Tiempo*. La titulé *De eso no se habla* y la mandé sin ninguna expectativa tal y como hecho con otras tantas durante los últimos dos años. No me imaginé que ese texto me cambiaría la vida y se convertiría en el más leído de todos los que he escrito para el periódico. Generó un efecto que no acabo de entender. Me dio a conocer entre personas que no tenían ni idea de que yo existía. Esto no estaba en mis planes.

Llevaba un par de años desligándome del periodismo, por puro y físico desencanto, y estaba enfocándome en una empresa de uniformes de fútbol llamada Cerouno. Se suponía que este año iba a ser el de su despegue. Pero la vida es misteriosa y el efecto de *De eso no se habla* hizo que los uniformes y algunas cosas más quedaran en suspenso. La columna fue un grito de auxilio, como todo lo que he escrito en mi carrera, pero no fue el comienzo sino el final de un

proceso que empezó hace cerca de año y medio. En silencio y concentrado en mí he tratado de soltar las cargas del pasado.

Cuando fui a ver *Spotlight* le comenté a la amiga que me acompañó a verla que yo había sido abusado de niño. La sensación de liberación que me produjo la confesión y su reacción de sorpresa me hicieron entender que ahí había algo. Que hiciera esta confesión, yo, que me la pasaba repartiendo y recibiendo odio en grandes proporciones, hizo que muchos comprendieran mis actitudes.

No pido que me excusen, me perdonen o me quieran, pero al menos ya conocen la causa de muchas cosas. Escribí esa columna porque estaba listo para dejar atrás esa parte de mi vida o, al menos, para empezar a enfrentarla. Siempre supe o deseé que mi vida tuviera un giro radical, que ocurriera algo que me despertara. Nunca me imaginé que sería con un artículo. No lo estaba buscando, pero la vida está repleta de grandes sucesos que se dieron cuando menos se esperaban. Este libro es hijo de todo esto, que ocurrió apenas en enero de 2016. Lo he armado junto a la editorial sin saber qué va a pasar con él. Que exista ya es un milagro.

Lo que está a punto de leer es una mezcla de reflexiones actuales con escritos viejos que publiqué en un blog llamado *La copa del burro*. Lo que hace que este libro sea una amalgama de diferentes versiones de mí mismo. Mi próximo libro, si lo hago, espero que sea muy diferente a este. No lo haré en dos meses, no mezclaré material y, lo más importante, no me tendrá como protagonista principal. Con estas páginas espero cerrar un ciclo y empezar a narrar la vida de otra forma. Ni idea de cómo, ese es el reto.

Cuando fui a ver Spotlight
le comenté a la amiga
que me acompañó a verla que
yo había sido abusado de niño.